

**La violencia en los márgenes
del psicoanálisis**

Luciano Rodríguez Costa

**La violencia en los márgenes
del psicoanálisis**

 **Lugar**
Editorial

Rodríguez Costa, Luciano
La violencia en los márgenes del psicoanálisis / Luciano Rodríguez Costa.
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Lugar Editorial, 2021.
304 p. ; 23 x 16 cm.
ISBN 978-950-892-729-3
1. Psicoanálisis. 2. Violencia. 3. Agresividad. I. Título.
CDD 150.195

Diseño de cubierta: Silvia Suárez
Arte de tapa: Jorge Molina
Diagramación: Lorena Blanco

© Luciano Rodríguez Costa

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en forma idéntica o modificada y por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico, informático, de grabación o fotocopia, sin autorización de los editores.

ISBN: 978-950-892-729-3
© 2021 Lugar Editorial S.A.
(C1237ABN) Castro Barros 1754
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina
Tel.: (54-11) 4922-3175 / (54-11) 4924-1555
WhatsApp 11-2866-1663
lugar@lugareditorial.com.ar
www.lugareditorial.com.ar
lugareditorialdigital publica.la
facebook.com/Lugareditorial
instagram.com/lugareditorial

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina – Printed in Argentina

*A nuestros jóvenes, que con su indocilidad nos enseñan y
regalan la ocasión de curarnos de la modernidad.*

Índice

Prólogo	11
Introducción	15
Capítulo 1. El fetichismo de la violencia	23
Capítulo 2. La disputa histórico-política por el control de los destinos de la agresividad	33
I. Liberalismo y violencia	34
II. Neoliberalismo y dispositivos de seguridad	47
III. Violencia y agresividad.....	55
IV. Recapitulación	61
Capítulo 3. Agresividad y sus destinos en algunas teorías del psicoanálisis	65
<i>De la agresividad como componente pulsional a la composición de una pulsión agresiva</i>	66
I. La experiencia clínica de la agresividad.....	67
II. La teoría pulsional y metapsicológica de la agresividad	67
III. La articulación entre la segunda teoría pulsional de la agresividad y la cultura	79
<i>La agresividad como motor del desarrollo</i>	90
I. De la fuerza vital al odio.....	91
II. La agresividad como construcción de la realidad y del sentimiento de estar vivo	92
III. La agresividad como base de la capacidad para la preocupación por el otro.....	97
<i>La agresividad como tensión especular narcisista</i>	101
<i>La vera crueldad como dispositivo sociocultural</i>	106

La construcción del sujeto ético	112
I. Constitución del psiquismo y advenimiento del sujeto ético	112
II. Presentaciones de la violencia.....	116
Diferenciales (anti-indiferencia)	128
I. Agresividad	129
II. Pulsión de muerte	131
III. Culpa	132
IV. Crueldad y violencia	138
V. Lo histórico-político	140
Capítulo 4. Dispositivo de la violencia y metapsicología de la indiferencia	143
La violencia como dispositivo histórico-político	145
I. Dispositivo sociocultural de la crueldad.....	145
II. Dispositivo de la violencia: características.....	146
Diferencial entre crueldad, violencia y agresividad	150
Metapsicología de la indiferencia	154
I. Clínica y psicopatología de la indiferencia	155
II. Algunos elementos para delimitar su campo	156
III. Una conclusión introductoria.....	166
Capítulo 5. Desamparo y sus destinos: Verleugnung y trauma	169
Trauma	171
I. Un día (no) más: de la pasividad compulsiva a la actividad impulsiva en Diógenes.....	171
II. Teorías del trauma en Freud	175
III. No hay trauma sin Yo	177
IV. Crisis de desamparo, acto antisocial y reacción terapéutica negativa	185
Verleugnung	188
I. Dos padres, dos Diógenes	188
II. La desmentida es primero que nada una propuesta del otro frente a la potencialidad del trauma	194
III. Traumatización de lo desmentido.....	197

IV. Categorías diferenciales: escisión, disociación, desmentida, fetiche y carencia de transcripción.....	199
V. Lo increíble, lo negado y lo desmentido	200
Capítulo 6. El robo como recuperación.....	205
<i>Una transgresión con apelación ética</i>	205
I. El complejo de deprivación.....	209
II. Tratamiento	220
<i>Una de policías y ladrones. Del robo al juego de Samuel</i>	231
Capítulo 7. Hacia una clínica de los actos	249
I. El rechazo de la acción en psicoanálisis y el fetichismo de la violencia	249
II. El <i>agieren</i> freudiano y sus derivas.....	252
III. La reformulación lacaniana de los términos: <i>acting out</i> y pasaje al acto	258
IV. La perspectiva metapsicológica de René Roussillon	264
V. ¿Qué hacemos con las acciones?	268
<i>Los ojos de Cortázar no tienen miedo: los actos en un proceso de abordaje en el CDD</i>	271
Bibliografía	303

Prólogo

Este libro sale a la luz en tiempos en que los efectos del crecimiento de las desigualdades sociales, con la profundización del capitalismo mundializado y la pandemia que provoca, multiplican los desamparos sociales y psíquicos.

En un continente latinoamericano en el que se intenta la desestabilización democrática por parte del poder económico, y grandes luchas por reconquistar derechos perdidos o nunca obtenidos, por parte de sus mayorías populares, nace *La violencia en los márgenes del psicoanálisis*. Luciano Rodríguez Costa, heredero y transformador de lo mejor del psicoanálisis que se ha producido en el mundo y en el sur del planeta, en la Argentina, construye un edificio conceptual a partir sobre todo de Sigmund Freud, Donald Winnicott, Silvia Bleichmar y Fernando Ulloa. Un Sigmund Freud que reformula después de la sangrienta primera guerra mundial que amenazó a la humanidad entera, su teoría sobre el trauma. Un Donald Winnicott que buscó comprender el sentido de los actos antisociales de los niños y jóvenes que habían sido separados de sus padres y vivían en albergues a partir de los bombardeos de la segunda guerra mundial. Un Fernando Ulloa que en Argentina se vio interpelado por los dispositivos de la crueldad de la dictadura militar más atroz que azotó al país entre 1976 y 1983 para instalar un sistema socioeconómico de apropiación de la riqueza. Una Silvia Bleichmar que se vio conmovida por la misma dictadura y por la crisis del 2001 en la Argentina y sus efectos de desobjetivación en quienes eran arrasados en su autoconservación y resistían para preservar quiénes se sentían ser, lo cual la llevó a formular sus conceptualizaciones sobre la construcción del sujeto ético.

Luciano Rodríguez Costa, desde una vastísima experiencia clínica consecuente que no cesa de reclamarle a la teoría, pone a dialogar los aportes sobre todo de estos autores y autoras junto a otros, desplegando una trama conceptual que permite precisar operaciones clínicas individuales e institucionales que iluminan

magistralmente lo que él denominaría la clínica de las subjetividades que se constituyen en el neoliberalismo, en la que predominan la indiferencia, la violencia y la crueldad.

Desde un pensamiento crítico que recorre aportes de Jacques Lacan, Margaret Little, René Roussillon, Freud y Winnicott, se introduce en la teoría y la clínica de los actos (*acting, acting out*, pasaje al acto y acción) en quienes padecieron traumatismos y tuvieron que implementar defensas extremas frente al dolor psíquico. Aporta una mirada fundamental: no creer que aquello que está por fuera del lenguaje estaría por fuera de lo abordable. El tema es, frente a estos actos, cómo y cuándo intervenir. Un psicoanálisis que no pudiera quedar advertido de esto, se transformaría en sintónico con procesos de subjetivación punitivos e indolentes.

Luciano plantea que cada vez son más frecuentes en las instituciones las situaciones llamadas “de violencia” en quienes vivieron desamparos sociales y psíquicos. Pero las respuestas suelen oscilar entre el sentimentalismo y el punitivismo. Él se pregunta cómo hacer para que esos episodios disruptivos puedan ser transformados en algo a iluminar con respecto a los modos de operar para su procesamiento.

A partir de una profunda lectura de Donald Winnicott, comprende y aclara sentidos y provee de estrategias de acción terapéutica ambiental y psicoterapéutica para aquellas situaciones de jóvenes que nunca tuvieron un sostén ambiental confiable, o que lo tuvieron pero lo perdieron durante la dependencia, en tiempos de la vida en los que aún eran imprescindibles para su constitución psíquica.

Las disociaciones ante la carga que implica soportar lo traumático; la conducta antisocial como expresión de esperanza; qué sucede a nivel de la capacidad para sentir culpa; la transformación de robar en jugar a robar como ficcionalización que completa una experiencia. Por otro lado, el tratamiento ambiental y la psicoterapia cuando esta es posible; las paradojas del oficio con jóvenes deprivados. Son algunos de los tantos tópicos aquí profundamente desarrollados.

Se trata de una verdadera filigrana con fuerte coherencia teórico-clínica para el abordaje de jóvenes con conductas transgresoras, que Winnicott llamó antisociales, cuya vitalidad más esperanzada reside precisamente en esas expresiones a través de actos que buscan convocar y sacudir.

Quienes trabajamos en la salud mental pública, pero no solamente, necesitamos herramientas que nos posibiliten comprender y pensar dispositivos clínicos e intervenciones que pasen sobre todo por alojar a quienes fueron privados y deprivados de cuidados materiales y afectivos imprescindibles en tiempos de dependencia. Herramientas para trabajar con esos jóvenes, su inclusión dentro de la institución tratante, sus familias de proveniencia y en otras ocasiones con sus familias adoptantes.

Una de las cuestiones más acuciantes y urgentes, y que reside en una de las mayores fortalezas de este texto, es su capacidad de interpelación a instituciones, equipos y profesionales, también a proyectos políticos en salud mental, que haciéndose parte de lo que el autor llama “el fetichismo de la violencia”, recortan los actos transgresores de los jóvenes de toda la cadena histórica personal que refleja el cómo se llegó a la producción de esos actos. Quienes usan esa metodología de pensamiento y trabajo significan estos actos como violentos y reproducen las condiciones de origen que los vuelven a excluir, estigmatizándolos y degradando su expectativa esperanzada y la nuestra acerca de que quienes deben entender sobre salud mental puedan ofrecer una lectura alternativa a la del sentido común. Una mirada alternativa a la que se escucha permanentemente por los medios o por parte de gurús simplificadores que pregonan la baja de edad de imputabilidad de los jóvenes como “solución” para la sociedad por sus conductas transgresoras respecto de la propiedad privada.

Los medios de comunicación quedan fascinados ante el último eslabón de una cadena de violencias, el acto transgresor del joven, cuyos pasos precedentes son renegados. Mantienen así el silencio sobre los padecimientos a los que son sometidos estos jóvenes y difunden la lógica punitivista que pregonan y que constituye una forma de profundizar los sometimientos y los finales autodestructivos, a través de accidentes, compulsiones a ser asesinados o suicidios concretados, que son las formas de muerte más frecuentes y que ocupan el primer lugar en las estadísticas, en los jóvenes varones de nuestro país.

Muchas instituciones, incluso algunas de las llamadas “de Salud Mental”, suelen proponer que “por su propio bien”, como diría Alice Miller, estos jóvenes, para ser tratados, deberían “ser derivados a otra institución” sin encontrar nunca una apropiada, reproduciendo

las condiciones originarias de expulsión de estos jóvenes, sin poder calibrar el efecto de cada nueva repetición.

Ésta constituye hoy una de las peores enfermedades de los sistemas de salud y una de las más importantes problemáticas en la atención a ser modificada: su expulsividad y la precariedad en la formación de profesionales y equipos de salud mental.

La clínica psicoterapéutica, las intervenciones institucionales, la investigación teórica y la incansable perspectiva docente de Luciano Rodríguez Costa, harán de este texto un referente imprescindible para la formación de profesionales en residencias, concurrencias, posgrados y maestrías que capaciten en el trabajo de salud mental psicoanalítica con jóvenes cuya constitución psíquica se vio asolada por pérdidas ocurridas en tiempos muy tempranos que marcaron para siempre sus vidas.

Estos niños, adolescentes y jóvenes, en su mayoría varones pero no solamente, sin haberse entregado, continúan una lucha por un verdadero *self* que no tenga que quedar definitivamente escondido y desplazado por uno falso y sometido. En términos de Winnicott, un verdadero *self* que aún lucha por que se le reconozcan las condiciones que no tuvo y necesita tener para existir. Se trata de un psicoanálisis que enfatiza las condiciones ambientales necesarias para una constitución psíquica saludable.

El libro sale a la luz en el contexto de un país en el que la salud mental tiene sus vaivenes e impasses entre una ley de avanzada que fue sancionada y reglamentada, y una aplicación que no se concreta para terminar definitivamente con las instituciones punitivas y de encierro. Constituye un insumo esencial para las transformaciones que necesitamos seguir realizando desde un psicoanálisis en diálogo permanente con la sociedad y la cultura.

Susana Toporosi

Introducción

Una obra es hija del amor y de la agresividad. Sin agresividad el amor no sería más que una fuerza autoerótica fantaseada, y sin amor la agresividad solo sería una hostilidad vacua. De igual modo, una obra que no cuenta con la agresividad suficiente será solo una práctica autoerótica con más fantasía que encuentro con la realidad, y, del otro extremo, una agresividad sin amor probablemente nunca llegaría a ser obra pues se conformaría con solo de-construir otras.

Una obra como esta también es hija de las condiciones histórico-políticas particulares de producción de saberes y prácticas, y del experimentar propio y singular de quien produce, aspectos en los que nos gustaría sumergirnos antes de introducir los capítulos a los que esta experiencia ha dado ocasión de devenir.

I. Freud sitúa sus condiciones histórico-políticas de producción con mucha precisión en “Caminos de la terapia psicoanalítica” (1910), donde, con la honestidad intelectual a la que nos acostumbró, explicita que el método psicoanalítico se edificó en torno a la problemática de la histeria, y que, por ende, cabría pensar que otras técnicas serían precisas para abordar las neurosis obsesivas o las fobias. También aclara que sus pacientes eran personas de alto nivel económico y con cierto nivel intelectual y cultural, es decir, personas que no experimentan las penurias económicas y simbólicas de la población que se esperaría llegara a los hospitales del Estado. Esto es algo de consecuencias profundas, porque Freud está situando las condiciones de sus prácticas: la problemática fundamental con la que se encontró (la histeria), la práctica privada de consultorio (a la cual accedían personas con poder adquisitivo y capital cultural), y el método psicoanalítico clásico desarrollado en interrelación a esas prácticas.

¿Por qué es la histeria la problemática a partir de la cual en principio se erige al psicoanálisis? Primero que nada, porque era

la forma de padecimiento que desafiaba a un poderoso discurso médico en auge. Sus síntomas quedaban siempre interpelando, en sus “simulaciones”, a los síntomas orgánicos, puesto que no había lesiones del sistema nervioso que las justificaran. Pero, además, la histeria se trataba de aquella forma de “enfermedad” que revelaba la represión sexual de los tiempos modernos freudianos, al tiempo que ponía a hablar a todos sobre la sexualidad. Configuración propia del Dispositivo de la sexualidad (Foucault, 2013). Freud edifica su teoría en base a una problemática de su tiempo: la histeria. Y en relación a una forma de subjetivación de su tiempo: la verdad está en la sexualidad.

Podríamos decir entonces que es a partir del *campo* de prácticas que se produce el *núcleo* (Campos, 2001) del saber en psicoanálisis. ¿Cómo no iba Freud a partir sino de ese nudo de atravesamientos histórico-políticos que se le presentaba en sus prácticas (discursivas y no-discursivas) cotidianas y que interpelaba a sus maestros y colegas?

Esto no es algo inhabitual. Winnicott elabora toda su teorización y práctica en torno a niños y jóvenes *deprivados*, posteriormente a una segunda guerra mundial que dejó las nuevas generaciones traumatizadas por la ausencia definitiva o temporal de sus padres. Los efectos de estas deprivaciones aparecían en el campo social como un llamado de atención o una protesta que tomaba la forma de “actos antisociales”. Estos actos llamaban a una intervención que ordenara el lazo social que, en la modernidad occidental, se construía en buena medida en base al poder punitivo del Dispositivo de Seguridad (Foucault, 2008). Como lo hiciera la histeria respecto del Dispositivo de Sexualidad, estos jóvenes interpelaban el poder disciplinario de las instituciones y su forma de construir lazo social en base a la docilidad de los cuerpos. Frente a este campo histórico-social con el cual se encuentra en su práctica privada y, sobre todo, en el ámbito público, Winnicott desarrolla sus producciones en torno a la deprivación, los actos antisociales, la agresividad, el tratamiento ambiental en albergues, entre otras.

Otro tanto podemos decir de Piera Aulagnier, quien desarrolla en los años 70 toda su elaboración acerca de las psicosis, nada menos que al interior de Sainte-Anne, histórico hospital monovalente parisino. Es decir, al seno del Dispositivo Médico-Legal (Foucault, 1985, 2011), que instala los espacios de segregación (el Hospital), los medios de ejercicio del poder sobre el “loco”, y al mismo

tiempo sienta así las condiciones para el desarrollo de todo un saber científico al respecto.

Fernando Ulloa, de igual modo, si llega a aportar al psicoanálisis las categorías de ternura y de crueldad, a las cuales puede pensar como construcciones socioculturales con repercusión metapsicológica a nivel del aparato psíquico, es porque su obra se despliega en tiempos de dictadura, es decir, tiempos de lo que denominó Dispositivo sociocultural de la crueldad (Ulloa 2000, 2012). Una coyuntura histórico-política destinada a instaurar un sistema económico neoliberal y a erradicar toda forma de expresión colectiva, como sucedió durante las dictaduras de Onganía y Videla, confrontaron a Ulloa con un campo social donde desplegó prácticas singulares que dieron lugar a la reformulación de los núcleos mismos del psicoanálisis. ¿Cómo no reconocer en la ternura, formulada como regulación ética que permite que el adulto no se apropie del cuerpo del *infans* a los fines de la propia descarga pulsional, los efectos de la interpelación y reflexión que produjeron en él prácticas sociales como devenir perito de parte de las Madres de Plaza de Mayo en los juicios que llevaron adelante por la apropiación de niños?

Vemos de este modo cómo el campo material de prácticas histórico-políticas con que Freud y sus sucedáneos se encontraron, los ha invitado a producir y luego reformular los núcleos mismos del psicoanálisis. Y ahora nos toca preguntarnos: ¿en qué campo histórico-político de prácticas se despliega la presente obra y qué núcleos de nuestro saber nos invita a visitar?

Pues bien, a diferencia de los comienzos de la modernidad, hoy al capitalismo no le interesa tanto disciplinar y generar una socialidad en base a la docilidad de los cuerpos a los fines de engrosar el cuerpo del Estado, como generar modos de exterminio de la población considerada sobrante, es decir, aquella sin capacidad de consumo: los *Nadies*, de Galeano. La campaña del desierto hoy se da también en las zonas urbanas. Quizás con la diferencia de que ahora se busca no solo clavar el sable en el cuerpo del considerado innecesario sino hacer que este salte solo hacia su filo.

Como los jóvenes con tendencia antisocial de Winnicott, hoy estos cuerpos indóciles nos interpelan nuevamente. Ya no se espera de ellos que sean hombres de bien ni abunda el miramiento humanitario de posguerra hacia los actos que perturban la alienante ilusión del “orden” público. Hoy no se excluyen solamente a los pobres hacia las periferias sino que se excluyen los ricos hacia las periferias,

donde se generan sociedades privadas. El rico hoy se recluye a sí mismo y pone un muro de indiferencia para que los excluidos no intenten ingresar.

Los *Nadies* sufren el modo de violencia más brutal: el desinterés, la indiferencia, la no atribución de existencia. Ni siquiera estatuto de enemigo tienen aquellos que no saben que están siendo diezmados. Los dispositivos de la violencia –característicos de las sociedades liberales y, particularmente, neoliberales– hoy nos interpelan, en su trabajo de corrosión permanente del reconocimiento del semejante, base de la ética y del desarrollo de la capacidad para preocuparnos por el otro.

II. Este es el campo de prácticas sociales con el cual nos encontramos y que nos invita a revisar y reformular los núcleos de nuestros saberes tradicionales o, incluso, a formular nuevos aspectos. Dentro de ese campo, mi práctica actual oscila entre el Centro de Día y el consultorio particular –siendo la Salud Mental el movimiento político en que sitúo mi práctica psicoanalítica–. El primero es una institución pública para jóvenes en situación de vulneración psicosocial, que vienen derivados por otras instituciones o traídos por otros jóvenes, y quienes en general no dimensionan como padecimientos a muchas de las problemáticas descarnadas que traen y que viven en situaciones de existencia cotidiana de extrema precariedad. El segundo es una institución liberal que convoca a personas que alguna forma de padecimiento logran asumir subjetivamente, y que los lleva a poder sacar un turno, afrontar el costo económico (en ambos sentidos: monetario y metapsicológico) y esperar de sesión en sesión para establecer un diálogo al interior de un vínculo de confianza en el cual la transferencia advendrá, o que también admite a personas que no pueden aún valerse por sí mismas pero que cuentan con el sostén humano necesario y suficiente como para llegar a la consulta y afrontar el costo económico.

La violencia y sus efectos son transversales a ambas instituciones, y las interpelaciones que motivan este libro han provenido de ambas. Las experiencias que me propongo tomar me conmocionan, atraviesan el cuerpo y siguen de largo si no me detengo a hacerlas cuerpo conmigo. La experiencia se hace también de olvido pero he intentado, antes de ello, poder nadar en el recuerdo de las mismas, en sus registros –que recorren diversas superficies–, sumergirme en ellas para bucearlas, evitando así quedar ahogado en sus flujos y reflujos.

III. El encuentro entre este escenario histórico-político en que los dispositivos de la violencia parecen signar la modernidad tardía, con un campo de prácticas que oscila entre el espacio institucional tradicional del consultorio privado y el espacio institucional experimental de los Centros de Día públicos, da por resultado los capítulos que estructuran este libro y que representan solo un introductorio esfuerzo de reflexión en torno a preguntas y vivencias singulares que dejaron marca en mí.

En el primer capítulo abordamos entonces la pregunta por esa categoría elusiva que es la violencia. Hablamos de *fetichismo de la violencia* cuando aquella deviene en un fetiche de fascinación mórbido que nos incandila con sus oscuridades, y que tiene la peculiaridad de que se ejerce solamente si opera de modo paradójal: en la medida en que desmienta su ejercicio. El efecto de ese ejercicio también es paradójal: logra que la persona o grupo al que violenta, finalmente responda con violencia, justificando así su ejercicio original, y la necesidad de hacerlos desaparecer del registro humano en tanto que ellos mismos demostrarían no serlos.

Una perspectiva histórico-política de la violencia se abre en el segundo capítulo, cuando rastreamos la propuesta de subjetivación del liberalismo de la modernidad occidental: el hombre debe temerle al hombre, pues es violento por “naturaleza”. La represión de la agresividad individual será la marca de esta bestia moderna, que solicita docilidad y obediencia para pertenecer a su sociedad.

Pero si temer al otro era ya una forma de socavar el reconocimiento del semejante, base de la ética, el neoliberalismo y los dispositivos de control social representan el paso siguiente: la pérdida incluso del estatuto de enemigo a temer y de la necesidad de reprimir la agresividad para pertenecer a la sociedad. La indiferencia indolente hacia el semejante y la desregulación como consecuencia de ello, son las marcas de la degradación neoliberal del lazo.

En ambos casos, liberalismo y neoliberalismo, y dispositivos disciplinares y de control social, participan del mismo empeño que hemos denominado *dispositivo de control de los destinos de la agresividad*. ¿Por qué sería necesaria a las sociedades moderno-occidentales la disposición de una estrategia de poder como sería un dispositivo de control de la agresividad? Porque entendemos que la agresividad representa una fuerza vital capaz de impulsar el trabajo, el reconocimiento del mundo exterior, la simbolización, la creación y, desde luego, la emancipación. Es por ello que consideramos que

es la única fuerza capaz de subvertir las relaciones de violencia, en las cuales el afecto, la representación y cualidad del lazo, se encuentran per-vertidas. En las relaciones de opresión era claro el lugar que opresor y oprimido ocupaban, los afectos que esto generaba y el nombre de esos afectos. En las relaciones de violencia al violentado se le dice que eso que padece es la felicidad. Y lo más sorprendente es que tanto el violentado como el que ejerce violencia podrían ignorarlo, en la medida en que la desobjetivación es una de sus cualidades fundamentales.

El fetichismo de la violencia, al presentarnos la violencia como algo que se agota en su propia pretendida brutalidad y que no remite a ningún proceso histórico-político capaz de ponerla en sentido, determina que se trate de un objeto en los márgenes. Pero no en los márgenes periféricos a la “civilidad” –forma clásica de la violencia–, sino de nuestras formulaciones en salud mental y en psicoanálisis.

Respecto del psicoanálisis, la marginalidad del objeto violencia ha tenido dos destinos fatales: el desinterés por su investigación, y el desinterés en la transmisión de las producciones de aquellos que sí pudieron críticamente atravesar el tabú de la agresividad que nos impuso el dispositivo liberal. Como una de las cualidades del fetichismo de la violencia es ponernos a hablar todo el tiempo de un objeto sobre el cual decimos realmente muy poco¹, el capítulo tercero se propone una revisión de los aportes de cinco psicoanalistas de mi referencia en torno a categorías claves como agresividad, crueldad, sadismo y violencia.

Además, como una de las formas de la violencia consiste precisamente en la de-construcción del estatuto del semejante, nos hemos (mal)acostumbrado a que cada escuela de psicoanálisis se maneje con su autor, como cada religión con su profeta, haciendo un ejercicio de indiferencia hacia las demás producciones en

1 Como algo nos dice que es fundamental pensar la violencia, pero algo nos dice que hablemos de otras cosas, las relacionadas a la realidad sexual del psiquismo siempre han sido más excitantes y han tenido apoyo en los orígenes del psicoanálisis. Si el liberalismo pone a la agresividad como un objeto a reprimir, el Dispositivo de la Sexualidad pone a la ternura como objeto a ignorar. Todos los procesos psíquicos que suponen sublimación de la sexualidad, que suponen pensar la *dependencia* del *infans* respecto del cuidado adulto, que hacen al *sostén*, la *ternura*, que sustraen al *infans* del ciclo demoníaco de la carga y la descarga de excitación sexual, han generado menos interés. Y en ello vemos un efecto a nivel de la producción de saber, de la alianza entre liberalismo y dispositivos de la sexualidad.

psicoanálisis. Es por ello que hicimos una práctica de la agresividad al interpelar esa violencia poniendo en diálogo a estos autores, en sus similitudes y diferencias, en los apartados que denominamos *diferenciales (anti-indiferencia)*.

Como decantación de este recorrido, en el capítulo cuatro llegamos a delimitar dos categorías: los *dispositivos de violencia* y la *metapsicología de la indiferencia*. El primero tiene que ver con los dispositivos cuyo ejercicio diferenciamos de la crueldad y que producen procesos específicos de subjetivación/desubjetivación en el psiquismo y a nivel del lazo. Y la clínica de la indiferencia como resultante de la investigación en el psiquismo de los efectos de la deconstrucción o degradación del estatuto del semejante a nivel social, entendiéndolo que el auxilio que el adulto brinda al niño en situación de absoluta dependencia, parte de la capacidad de preocupación por el otro, en tanto su dolor es mi dolor, y la *con-dolencia* representa la respuesta ética por excelencia. Esto da lugar a toda una etiología, unas presentaciones psicopatológicas y unas formas de situarse y llevar adelante los abordajes, que es preciso delimitar en sus dinámicas específicas y singulares.

La deconstrucción del estatuto del semejante, a nivel de la constitución del psiquismo se traduce en formas de *indiferencia indolente* de los adultos ante la dependencia infantil. Algunas de las presentaciones psicopatológicas a las que da lugar las exploramos en los siguientes capítulos bajo los ejes del trauma, la *Verleugnung*, el robo y las actuaciones.

De este modo, en el capítulo cinco, vemos que la *Verleugnung* se nos presenta como un mecanismo de defensa contra el dolor más frecuente de lo sospechado y referido no solamente a la problemática de la castración en el sentido freudiano que trascendió. Además, hemos llegado a la hipótesis de que para poder hablar de trauma es preciso que exista un Yo, y que muchas veces nuestra tarea se vuelve paradójica, cuando consiste en devenir auxiliares de la constitución en el sujeto de una superficie a traumatizar.

En el capítulo seis, el robo nos aparece como una transgresión a la norma, que representa una apelación a la ética, es decir, a que el adulto salga del sopor de su indiferencia indolente, para reparar algo de lo que dañó con su des-auxilio. Pero si la deprivación era la interrupción brusca de la continuidad del cuidado adulto, hoy debemos pensar en toda una gama de problemáticas en las cuales la única continuidad fue la interrupción del sostén.

Desde luego, estas apelaciones a la ética muchas veces se dan en actos, y es por ello que nos urgía poder abordarlos. En el capítulo siete tuvimos ocasión de examinar diferentes formas de acción que hemos podido pensar en el psiquismo y su cualidad metapsicológica, lo cual nos dio la pauta acerca de cuáles tienen una potencialidad simbolizante y cuáles no, y cómo posicionarnos frente a ellos en nuestras prácticas. *Actos sintomáticos, acting out, pasaje al acto, actos autonomizados* y, en general, los *actos pre o para verbales*, nos orientan en una clínica posible sobre los actos.

Cada uno de estos capítulos que contiene una presentación de la práctica más que un material que “ilustraría” la teoría, ha sido fuente interpelante que nos impulsó a revisar nuestras teorías, así como a producir algunos aportes y reformulaciones. Como dijimos al comienzo, si la agresividad es aquella fuerza que, entre otros efectos, tiene el de poder reconocer los objetos no-yo del mundo exterior a nuestra autocomplacencia erótica, son las experiencias de trabajo con personas que han sufrido diferentes formas de trato indolente, lo que nos ha puesto a intentar producir algo de lo que carecieron: una respuesta ética. Un registro de la inexpugnable presencia del otro. Y acaso toda esta obra no sea más que un intento de respuesta a unos llamados que quedaron desoídos por sus otros originarios. Pero no solamente por ellos, sino también por una cultura donde el fetichismo de la violencia no nos deja más que fascinación por una problemática sumamente desoída, no auxiliada y cuya respuesta no ha provenido siempre de la con-dolencia.

Entonces, si esta es una práctica intelectual, que lo sea desde adentro de las prácticas sociales. Si se eleva desde las prácticas hacia nuestras formulaciones teóricas tradicionales, que sea para volver a las personas con las cuales entramos en contacto en la tarea de producir salud, y a quienes finalmente nos debemos.